

de salvarme á mí!... Oye! dan vuelta al recodo de la media luna!...

Otra vez: quién vive!

El soldado obedeció.

El desconocido saltó sobre el pretil de la muralla

—Apunta y dispara! le mandó, dejándose caer por el lado opuesto.

Resonó un tiro, y él fué la señal de un tumulto inesplicable.

Mas de cien hombres llegaban á la muralla, por diferentes lados.

—Le pegaste, Bartolo Spalazzi?.....

—Por aquí!... por aquí!... pronto, una escalal!... todas las calles están vigiladas!... ahora si le tenemos cogido!.....

XI

EL APOSENTO DE LOS MUERTOS.

Las palabras trazadas en caracteres misteriosos por Felice Tavola, sobre la pared de su calabozo, decían así:

ME HAN OLVIDADO;

ME VENGO.

Terrible amenaza, en boca de uno de los *Cavaliere Ferrai!*

Pero los que quieren traicionar á una asociacion como la de los Compañeros del Silencio, hacen muy mal en decir: *Voy á vengarme!*

Hay mucha distancia entre la amenaza y el golpe.

Nuestro hermoso pescador Beldemonio, habia atravesado de un golpe, y á todo correr, la azotea de la primera casa que estaba adherida á la fortaleza.

Cuando la guarnicion del Castel-Vecchio llegó, de los diversos puntos que ocupaba, á las almenas de la muralla, ya no se percibia á nadie.

Trajeron escalas, y multitud de soldados descendieron á la azotea por donde acababa de pasar Beldemonio.

Al propio tiempo, se dió la órden de doblar todas las guardias, y vigilar estrechamente todas las calles circunvecinas.

Habia realmente muy pocas probabilidades de que el fugitivo pudiera escaparse. Hubiera podido formarse un batallon, con todos los soldados que bajaron de las murallas á la azotea, y se pusieron á registrar por todos lados.

Los jefes habian dicho:

—Donde quiera que halleis un vidrio roto, ó una ventana forzada, entrad haciendo fuego!.....

Era un pobre aposento, situado entre las boardillas de ese antiguo edificio que llamaban la casa de los Folquieri.

Algunas sillas de paja, una mesa redonda de pino blanco, y una camita rodeada de cortinas de percal, componian todo su mueblaje.

En el ángulo opuesto al que ocupaba la cama, habia, ademas, un delgado colchon tendido sobre el suelo, liso y gastado por la vejez.

Entre la mesa y el lecho se veia un brasero, cuyo carbon se consumia lentamente bajo una capa de ceniza blanquecina.

Encima del colchon, estaba pegada contra la pared una imágen de la Virgen. Sobre la silla próxima descansaba un grueso volumen de oraciones, cuyas páginas revelaban un uso frecuente y largo.

Del respaldo de la misma silla pendia un escapulario. Cerca del colchon, en un clavo fijado en la pared, estaba colgada una sotanilla, afectando los pliegues rectos y largos de esta clase de vestidos.

En la cabecera del lecho se encontraba una fuentecita de agua bendita, cerca de un Crucifijo de cobre bruñido, cuya cruz era de ébano.

Sobre la mesa, al pié de la lámpara, que estaba espirante, un papel abierto contenia algunas palabras.

Era todo cuanto allí habia.

Hubiera podido, ademas, notarse, que las vidrieras de la única ventana de este pequeño aposento, privadas de aldabas y pestillos, estaban

cerradas por medio de una silla, cuyo respaldo pesaba sobre el marco. En torno de la ventana, á lo largo de todas las junturas, habia pegadas recientemente tiras de papel blanco.

Débil cerradura, y muy fuerte, sin embargo, para causar la muerte!

A la primera ojeada, en aquel aposento silencioso, en donde la lámpara agonizante lanzaba apenas fugitivos y débiles resplandores, no hubiérais distinguido á nadie.

El colchon, colocado al raz del suelo, estaba cubierto por la sombra de la mesa; el lecho estaba vacío.

Además, el sueño tiene su voz. Se percibe fácilmente la respiracion lenta y mesurada de los que duermen.

Y aquí, nadie dormia.

No habia nada mas que inmovilidad y silencio.

Pero mirando mejor, acostumbrado el ojo insensiblemente á esas sombras, hubiera distinguido dos formas humanas.

Dos criaturas, que parecian dormir, ó que parecian muertas.

No se movían; ya no respiraban.

Sobre el colchon estaba un adolescente, pálido y simpático, cuya cabeza quedaba casi oculta bajo los rizos de su cabellera.

Habia aún, sobre los labios de éste, una sonrisa; pero una sonrisa llena de tristeza.

Cerca del lecho, delante de una silla que debió haber servido de reclinatorio para la oracion suprema, estaba una jóven, muy niña, y muy bella tambien!

El último sueño la habia embargado, mientras que estaba de rodillas. Permanecia prosternada, pero su pobre cuerpo se habia doblegado como un tallo marchito!

Sus lindas manos, medio ocultas por sus cabellos, oprimian aún sus sienes.

Y el brasero ardia, ardia implacable, aun cuando no habia allí ya nadie á quien sofocar!

Y la lámpara, que habia derramado su luz melancólica y silenciosa sobre aquella doble agonía, exhausta de aceite y oprimida ella tambien por aquella atmósfera mortal, vivia por medio de esfuerzos, alzando su llama ansiosa, y difundiendo en torno suyo esa azulina claridad que hace parecer lívidos todos los objetos.

Dos niños! eran dos niños!

Hay, pues, ciertas criaturas que sufren así, desde su mas tierna infancia, para tener el valor ó la debilidad de morir?

No habian visto jamas la sonrisa de su madre?

Estaban solos en este mundo, en donde Dios nos ha puesto para amar?

Dos niños! dos niños piadosos, de los cuales, el uno tenia un cruci-

fijo en su cabecera, y el otro dormia bajo la mirada de Maria, madre de Dios!

No era una casualidad. Habian querido voluntariamente poner fin á sus dias.

Esas tiras de papel, recientemente pegadas á las hendiduras, eran un testimonio mudo, pero irrecusable.

Diez y seis años! diez y ocho años! es la primavera de las almas. Todo es azul en esa edad! todo resplandece!

Dios mio! y habian querido morir, los dos juntos, y sin embargo, el uno lejos de la otra; el hermano, tendido en su colchon, abismado en su taciturna fatiga; la hermana, engañando sus remordimientos con la oracion.

No estaban allí con los brazos entrelazados! La boca del hermano, entreabierta, no podia ya murmurar: "Adios, Celeste."—Los labios de la hermana, pálidos, habian siquiera murmurado esta última palabra: "Julian, adios!...."

No se habian ayudado á morir!....

Dos niños muertos! dos bellas é inocentes criaturas! esto oprime el corazon.

Lo oprime, y hace nacer estraños pensamientos; se espera en lo imposible. Tarda tanto en perderse la esperanza!....

Se dice uno siempre: van á despertar!....

Todos los vidrios de la casa temblaron con el tiro disparado por Bartolo Spalazzi á alguna distancia de allí.

Pero los niños no despertaron.

Y la lámpara derramó un gran resplandor; y luego espiró.

La inmovilidad, el silencio, las sombras, tendieron como un velo fúnebre.

Aquello era una tumba!

Adios, Julian! Celeste, adios!....

Parecía una batida de caza la que hacian aquellos soldados, corriendo en todas direcciones sobre las azoteas que rodeaban al Castel-Vecchio. Todos gritaban, y se animaban los unos á los otros. La bestia perseguida no podia escapárseles.

La bestia no corria ya. Llevaba solo alguna ventaja, y calculaba

friamente sus probabilidades de salvacion, que no eran muchas, ni lisonjeras.

Los techos de las azoteas italianas no presentan muchos recovecos en donde esconderse. Son azoteas planas, sin tubos de chimenea ni tejados. No habia, para ofrecer algunos accidentes favorables al fugitivo, mas que el techo de la casa de los Folquieri.

Estaba ya en la cornisa que seguia la misma direccion de las paredes. Seguia el mismo camino que recorriera momentos antes.

Pero se podia augurar fácilmente, al ver la lentitud de su marcha, que no era su intencion volver al punto de donde partió.

Sabia bien que toda salida estaba cerrada por allí.

Dos ó tres veces se inclinó hácia fuera de la cornisa. La pared estaba plana; y sin embargo, murmuró:

—No es imposible!

Y luego, con una sonrisa:

—Ah! si los tuviera en el Apennino!....

Sin duda tuvo como una vision de esos grandes bosques, llenos de escondrijos y precipicios. Pensaba en esas barrancas profundas, en esas rocas, cuyos recovecos protectores conocia, en esos torrentes que se salvan de un brinco en un momento de desesperacion, y que detienen á un ejército de tropa asalariada!....

Era un sueño. Y los pasos de los soldados comenzaban ya á sonar sobre la azotea mas próxima.

Beldemonio miró hácia atrás. Se veian brillar ya las armas de los soldados.

Os lo decimos con toda verdad; cualquiera que hubiera observado á aquel hombre en este momento de peligro supremo, habria buscado en vano, sobre su rostro juvenil y altivo, alguna señal de inquietud.

Tenia la frente erguida, su mirada estaba clara y brillante. Tenia la cabeza despejada; su corazon, ni vacilaba, ni latia con violencia.

Hay gentes que ganan estrañas batallas, precisamente porque creen que no pueden ser vencidas.

“Es una presuncion en el débil;” pero le sirve mas de lo que se cree.

En el fiterte es un talisman.

Nuestro fugitivo dobló el ángulo de la cornisa, y entró en el estenso cuadrado que formaba el patio interior de la casa de los Folquieri.

Cuando habia penetrado poco antes, en este patio, por el lado opuesto, brillaba una luz en la ventana de una de las boardillas, y sobre los vidrios iluminados se destacaba el gracioso perfil de una jóven.

Esa misma jóven que habia visto luego arrodillada orando.

Buscó la ventana iluminada y no la halló.

La oracion habia concluido sin duda, y la jóven descansaba.

Beldemonio marchaba al presente mas de prisa. Al pasar, empujaba fuertemente, pero sin ruido, cada una de las ventanas que hallaba al paso.

Todas estaban cerradas.

Y por el ruido de los pasos y de las voces, conocia que la guarnicion del Castel-Vecchio llegaba ya á la cornisa.

Sacó su puñal, y dobló su capa de cierto modo, que quedaba el cuello hácia abajo, y tenia la forma de una media hamaca. Suponed la capa sostenida sólidamente por su extremo y colgada sobre el vacío. Un hombre sostenido por las manos, y hallando en la curva del cuello un apoyo para sus piés, hubiera podido permanecer allí largo tiempo sin fatigarse mucho.

Las losas de la cornisa estaban, en sus junturas, algo separadas. El puñal podia servir de barra transversal entre ellas, sosteniendo la capa.

Beldemonio conocia el temple de su arma.

Ensartó los pliegues de su capa en la hoja del puñal, y murmuró:

—Ya he jugado á este columpio, para salvar el honor á una condesa.... el viento me meció durante dos horas bajo su balcon.... Puedo, pues, repetir la escena.... Cuando dicen: *Mate al rey!* el rey se salva como puede!....

Ciertamente, este es un medio heróico, y lo recomendamos á los galanes, sorprendidos en malos pasos. Se busca debajo de los leches, en los roperos, en los gabinetes; se busca en los balcones.... pero debajo de los balcones, quién iba á pensarlo?

Aquí, por ejemplo, á sesenta piés sobre el nivel del suelo!....

Un buen puñal, una capa de buena tela, que no se rasgue con el peso, y una hendidura en donde atravesar el puñal, hé aquí cuanto para el caso se necesita.

Se vuelve uno inmediatamente invisible, como esos felices amantes del tiempo de Perion, rey de las Galias, que no tenian que hacer mas que ponerse en el dedo el anillo de Urganda la desconocida, para transformarse en vapor ligero.

Beldemonio, sin embargo, continuaba marchando y tentando las ventanas á su paso. Lo de la capa era un recurso para el último extremo.

En Nápoles, aun en invierno, nunca están sólidamente cerradas las ventanas.

Pero parecé que era una cosa hecha adrede. Todas resistian á la presion de su mano.

La azotea comenzaba á iluminarse. Los soldados habian encendido multitud de teas.

Ya era tiempo de tomar un partido. Beldemonio se hallaba en aquel momento en medio de la pared.

En un instante en que titubeaba qué hacer, se presentaron á su vista las teas ardiendo, y el torrente de los perseguidores desembocó con gran ruido por el ángulo del ala occidental de la casa de los Folquieri.

Beldemonio se encogió inmediatamente, y su primer movimiento fué clavar el puñal; pero frente á él había una ventana.....

Es tan natural estender los brazos!

Beldemonio empujó maquinalmente esta ventana, cuyas vidrieras cedieron luego luego, produciendo un ruido de papel doblado.

Apenas se dibujó algun cambio en su fisonomía.

—Gracias, estrella mia! murmuró riendo. Hé aquí la partida restablecida de un golpe!

La capa y el puñal fueron reservados para otra ocasion. Beldemonio entró al aposento, y cerró las vidrieras, que mantuvo apretadas á fuerza de brazos, teniendo cuidado de bajar la cabeza para no ser percibido á través de los cristales.

Adivinaba que los soldados harian lo que él, y que tentarian todas las ventanas al paso.

Apenas acababa de ocultarse en su abrigo inesperado, cuando redobló el ruido de las voces y los pasos.

—A menos que no se eche de cabeza de la azotea abajo—decía el jefe—le cogemos vivo.

—Es un pícaro muy atrevido—respondió una voz—y que debe ser alguno de los jefes.

El capitán se detuvo precisamente en frente de la ventana, detrás de la cual estaba oculto Beldemonio.

—Esta está bien cerrada! dijo, despues de haber probado el marco de la ventana con un vigoroso puñetazo.

Luego prosiguió con un tono confidencial:

—Estaríais muy alerta esta noche, si supiérais el nombre del pícaro muy atrevido, como le llamais..... Nos ha llegado á las nueve de la noche un aviso del ministerio de Estado, participándonos que el Porporato habia jurado por el carbon y el hierro, procurar él mismo la libertad de Felice Tavola.....

—Cómo! cómo! le interrumpieron muchas voces; ese Felice Tavola no es el Porporato?

El capitán se encogió de hombros.

—Hijos míos—replicó, en vez de responder—pensad que en alguno de estos rincones hay un tesoro oculto! un tesoro de cien mil ducados!... Si le encontramos, os dejo veinte mil ducados para que os los reparatais.... Soy buen chico?.... Pues adelante!.... sigamos....

Hubo un *viva* general; tan vivamente apreciada fué así la grandeza de alma del capitán ilustre.

Aquel león les dejaba la quinta parte!

Detrás de la vidriera, el hermoso Beldemonio se reía escuchando esto. Los soldados se pusieron de nuevo en marcha.

Por todas partes, á su paso, habian plantado teas ardiendo, de manera que toda la parte occidental de las azoteas estaba iluminada.

Una antorcha fué colocada en la cornisa, casi en frente de la ventana.

Beldemonio dijo:

—Hé aquí lo que se llama una atención delicada.

La antorcha lanzaba, en efecto, hácia el interior del aposento, un resplandor suficiente para que pudiera uno guiarse.

Beldemonio quiso levantarse cuando los soldados se hubieron alejado. Inmediatamente que hizo un esfuerzo para enderezarse, le pareció que daba vueltas la antorcha que estaba frente á la ventana; sus piernas adormecidas se doblaron, y el suelo como que se hundió bajo sus plantas.

Se sonreía aún, porque la última idea que podía ocurrírsele era tener miedo.

Pero sus sienes latian con fuerza; parecia que una mano de hierro se las tenia oprimidas. Un bostezo convulsivo dilató de pronto su garganta, mientras que ese dolor extraño, al cual no podría darse ningun nombre, y que es la angustia misma de la muerte, subia de sus piés helados á su cerebro ardiente.

Un gran vértigo le acometió. Sentía como si diera vueltas con increíble rapidez, y veía un abismo á sus plantas.

Sus dos manos tocaron su frente.

Las retiró bañadas de sudor helado. Sus cabellos se erizaron.

Esperimentó entonces, por la primera vez en su vida, el hielo del espanto en sus venas.

Ese calosfrio desconocido, le abatió. Si podemos espresarnos así tuvo miedo de su miedo!

No sabia aún por dónde le acometia la muerte, pero no dudaba que se apoderaba de él la muerte.

En aquel momento en que su presencia de espíritu ordinaria le abandonaba, porque el sitio mismo de su inteligencia estaba vivamente atacado, no se acordó de haber sentido al entrar un fuerte olor de carbon

en aquel aposento, y haber experimentado una angustiosa sensación de calor.

El instinto, fué el instinto el que le hizo llevar la mano á la ventana á fin de abrirla.

Pero en aquel momento mismo oyó un paso lento y mesurado. Había á poca distancia de él un centinela.

Qué hacer?

Combatiría? No tenia fuerzas para ello!

Moriría? No queria morir!

Hizo un esfuerzo desesperado.

Arrastrándose, tropezando, vacilando, apoyándose en todo lo que encontraba, llegó hasta el otro extremo de la pieza en donde percibía una puerta.

Diez veces se detuvo en tan pequeña distancia, porque le faltaba el aliento.

Entre la puerta y la mesa se agarró de un objeto, cuya forma no distinguía, pero que le quemó la mano.

Era un brasero en donde el carbon ardia aún bajo una capa de ceniza.

Estaba tan atarantado, que este hecho no reveló nada á su inteligencia adormecida.

El instinto era lo único que en él sobrevivía.

La puerta! queria llegar hasta la puerta!

Para huir tal vez!

¡Sí! sí, porque la idea de la fuga se presenta en toda agonía.

Antes de llegar á la puerta tan deseada, cayó, y su frente rebotó contra el suelo!

Cada uno tiene su vision cuando llega la hora de la muerte; cada lábio murmura un nombre, que le ayuda á exhalar el postrer suspiro.

Qué vió Beldemonio en su vertiginosa agonía?.....

Un palacio resplandeciente de luz..... mugeres hermosas, jóvenes, adornadas..... y entre ellas una vírgen de sonrisa dulcísima, celestial, que parecia triste, y que tenia sobre la frente cu blanca corona de las desposadas.....

Angélica!

Es cierto! Angélica Doria, radiante fantasma, pasó ante su vista apagada.

Pero tuvo aún otra vision.

Nuestro corazon está lleno de tan estraños misterios!.....

Vió, entre una especie de nube, á una pobre niña, cuya frente estaba coronada de luengos cabellos sueltos.

Una niña arrodillada.

Esta, para él, no tenia nombre.

La veia, ahí, inmóvil, fria, mientras que la novia, llena de amor y de ternura, tendia los brazos hácia él.....

Y no era la novia á quien él miraba!

.....
Permaneció mucho tiempo sin movimiento.

Su cabeza habia caido, cuando mas, á dos piés del quicio de la puerta. Por entre ésta y el suelo pasaba una pequenísimas corriente de aire, la única que habia dejado la solicitud de los suicidas.

La boca entreabierta de Beldemonio bebió aquel aire saludable del exterior. Al cabo de algunos instantes pudo dar un paso mas, despues de veinte ensayos.

Cogió el boton de la puerta; pero estaba ésta cerrada con pasador.

Entonces, se pegó contra los barrotes, y se levantó como un gusano que trepa por una piedra. No podia! su cuerpo no tenia fuerzas! sus músculos parecian cuerdas flojas.

Pegó su boca á la hendidura de la puerta, y absorbió el aire exterior por aquella débil abertura.

Y cuando su pecho estuvo lleno, se levantó, lanzando á pesar suyo un gran suspiro de triunfo.

El pasador cedió, y la puerta se abrió.

Ya no luchó mas entonces, y se dejó caer sobre sí mismo, con un grande placer.

Era una naturaleza valiente, como pocas! Su postracion no duró mucho.

El aire circulaba libremente en la escalera, por varias ventanas abiertas.

Al cabo de diez minutos, Beldemonio abrió los ojos, y se despertó. Su primer movimiento fué de sorpresa. Habia perdido todo recuerdo de cuanto pasara.

Lo que desde luego revivió su memoria, fué la sensación de ardor que experimentaba en la mano. Tres de sus dedos estaban quemados.

—El brasero! pensó.

Luego, habiendo fijado su vista en la ventana iluminada:

—Los soldados!.....

Al fin, se dijo á sí mismo:

—Aquí hay alguno muerto!

Se levantó, sin mucho esfuerzo, y sacudió el cansancio que le agobiaba.

En su concepto, debia haber pasado un tiempo muy largo desde que entró en aquel aposento.

Ahora bien; parece que el tiempo era precioso para él aquella noche, porque se lanzó hácia la ventana para mirar su reloj.

Creyó que éste se había parado, al ver que no había adelantado en todo el tiempo que pasara, mas de un cuarto de hora.

Lo llevó á su oído; el reloj andaba bien.

Dos ideas habia en su mente:

Socorrer al suicida;

Emprender la fuga, y continuar su obra.

Porque la lucha emprendida aquella noche, distaba mucho de estar concluida.

Cogió, antes que todo, el brasero, y le sacó fuera.

En seguida corrió hácia la cama, que encontró vacía.

Sus ojos recobraban su viveza. El aspecto de la camita despertó en él un vago recuerdo.

Se orientó; no se engañaba! aquí mismo, á sus piés, era donde habia visto á aquella niña orando.

Su mirada se bajó, mientras que su corazón se oprimía. A sus piés habia una pobre niña tendida!

La cogió entre sus brazos, y la depositó sobre el lecho.

El frío de la muerte tarda mucho en llegar, á veces.

No estaba fria; pero tenia ya esa rigidez de los cadáveres.....

Le tocó el corazón!.....

Su pulso, el de Beldemonio, latía tan violentamente, que no pudo saber si el corazón de la niña habia dejado ó no de palpar para siempre!.....

La antorcha plantada sobre la cornisa, lanzaba su luz al sesgo dentro del aposento, á través de los cristales. Algunos rayos resbalaban entre Beldemonio y las cortinas de la cama, y parecían acariciar aquel rostro pálido y encantador, al cual la muerte habia impreso una expresión de angélica serenidad.

Beldemonio habia jugado desde su infancia con la muerte; pero con la muerte con el fierro, que ahoga la vida en un torrente de sangre.

Esa muerte tan diferente, esa muerte de la desesperacion, que no habia cortado la flor, sino que la habia doblado, espirante, sobre su tallo; esa muerte de la niña desalentada, le oprimió el corazón!

Desde que se conocia á sí mismo, jamas angustia semejante se habia apoderado mas íntimamente de su alma.

Se admiró. Qué era aquella criatura, en definitiva? Una jóven desconocida, cuyo gracioso perfil apenas habia percibido una vez de lejos.

No era mas que eso. En los victoriosos y crueles amores de su juventud, no habia desgarrado mas de un corazón de niña?

Preguntábase, en su profunda turbacion, si no era el desfallecimien-

to, del que se escapaba apenas, lo que así debilitaba sus sentidos y su razon.

Trató de hacerse fuerte contra la emocion.

Pero su alma se derretia, su pecho se estremecia con convulsivos sollozos, que sus brazos, cruzados con violencia, trataban en vano de comprimir. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Amaba á aquella niña muerta; hubiera dado su vida por devolverla el aliento.

Era una de esas locas pasiones que añaden cada día una flor á la guirnalda de Don Juan?

No! los deseos morian ante aquel lecho virginal, que era una tumba.

Hubiera querido, jóven como era, llamar á aquella pálida muerta: hija mia!

Hermana mia; no era bastante.

Y sin embargo, es mucho una hermana, una jóven hermana, adorada, á quien se tributan las caricias y la proteccion de un padre que ya no existe!

Qué era este Beldemonio para tener semejantes pensamientos?

Si hubiéseis examinado en aquel momento su conciencia, no hubiérais encontrado allí mas que esquisita delicadeza, pureza infinita!....

Sus ojos no podian desprenderse de la muerta.

Habéis contemplado alguna vez, con atencion, esa cosa tan terrible y tan bella, la vírgen de labios pálidos que acaba de exhalar el último suspiro?

Habéis visto esos abundantes cabellos, que añaden una sombra á la palidez del rostro? esos ojos cerrados por una mano piadosa y amiga?

En el arte moderno hay una obra, sublime y terrible, por la idea que la concibió. Es el Tintoreto, pintando á su hija muerta.

La tela es bellísima; pero poco importa la tela. Cerrad los ojos, y vereis las tenazas de fierro que desgarran el corazón de ese hombre!

Un padre! el mismo que la víspera era aún tan feliz y tan orgulloso! El tronco de donde partia esa rama; el tallo que sostenia esa flor! un padre!

En esas venas frias habia sangre; y esa sangre era suya!

Allí, bajo ese velo que cubre pesadamente su pecho, habia un corazón; era su corazón!

El padre ama á los hijos; pero á una hija, la sonrisa, el amor, la locura de los padres!.....

A una hija se la adora!

He ahí al Tintoreto; un viejo, una cabeza severa y robusta, en donde se erizan algunos cabellos grises!

Esos cabellos dicen: La niña que me has arrebatado, oh Dios mío! no tendrá hermana.....

La delicia de sus horas de descanso, era contemplar esas formas juveniles y castas. Ahora las mira; pero las mira por la última vez.

Su ojo, feroz y sombrío, no tiene lágrimas. Oh! no, las lágrimas no vienen nunca á consolar esos dolores desesperados!

Mira con toda su alma! Se ha impuesto la tarea de buscar en medio de aquella muerte, los recuerdos, los reflejos de la vida!

Mira con toda su alma! Tiene vergüenza y terror. Ese trabajo de Titan lo abruma; y sin embargo, quién sabe qué amargo placer le da tiene y le escita.

Solo como está, en frente de aquel lecho funeral, le acomete un sueño; un delirio triste y tranquilo.

Su pincel no se mueve. Mira sin cesar!

“ Señor: vos que habeis hecho milagros; Señor, lleno de clemencia y de bondad! no sería posible que la sangre subiera de nuevo á animar esas mejillas lívidas? La sonrisa no podría renacer en torno de esos labios descoloridos? Señor, Señor! ese corazón inmóvil, podría latir aún por vos!”

Quién podrá decir las palabras de esa fiebre muda, de esa demencia inmóvil!

Y quién dirá la agonía de ese momento en que se despierta á la realidad?

Pero las horas marchan, y la muerte va aprisa en su obra de destruccion.

El modelo va á escapar al pintor!

Viejo, á tus pinceles..... no tienes tiempo para gemir!.....

Sonaron horas en el reloj del Castel-Vecchio. Las once de la noche! Beldemonio, al volver en sí mismo, se estremeció de piés á cabeza. Lanzó una mirada en torno suyo por todo el aposento. El papel desdoblado que estaba sobre la mesa llamó su atención. Lo tomó violentamente, pensando hallar un nombre, un indicio.....

Cerca de la ventana habia luz suficiente para poder leer.

Beldemonio leyó:

“ Padre querido, perdonadnos, y pedidle á Dios por nosotros.....”

—No estaba sola! exclamó dentro de sí mismo.

Y sus ojos buscaron la otra víctima.

El rincón en donde se estendia el pobre colchon, era el mas oscuro de todos. Sin embargo, Beldemonio, prevenido, descubrió allí entre las tinieblas una forma humana tendida.

Se lanzó hácia ella. Un adolescente estaba acostado, rígido, inmó-

vil, como esas estatuas de mármol que duermen sobre las lozas de las tumbas de la Edad media.

Beldemonio se arrodilló á su lado. Aquel rostro no le era extraño.

Existia como una imágen de él en sus recuerdos.

Cabeza noble, de facciones puras, un poco severas.

Habia visto ya á aquel niño, ó á alguno que se le parecia?

Mientras que interrogaba á su memoria, se oyó un débil ruido por la cama. Fué como un suspiro.

Beldemonio se precipitó. La mano de la jóven habia cambiado de posicion.

Puso su mejilla sobre los labios azulados de la muerta, y sintió un soplo..... pero tan débil!

El aire entraba ya libremente en el aposento, y el mortal vapor del carbon se habia disipado.

Nuestro hermoso pescador juntó sus manos, y elevó hácia Dios una oracion desde el fondo de su pecho.

Hacia tal vez mucho tiempo, mucho, que Dios no habia oido la voz de aquel hombre.

Aguardaba, conteniendo la respiracion. La jóven no se movia ya. Le habia tocado contemplar el esfuerzo supremo, y recoger el postrer suspiro?

A su vez, el adolescente tendido sobre el colchon, hizo un ligerísimo movimiento. Era el momento de socorrerlos! podia salvarseles!

Beldemonio no tenia en aquel momento otro pensamiento.

Pero de pronto, en medio de la noche, que habia tornado á su silencio, se elevó una voz lejana!

Una voz, que volvió á Beldemonio á sí mismo, y le hundió nuevamente en aquel laberinto extraño y tenebroso en que se agitaba su vida.

Era un sonido de cuerno de caza que partia de la parte antigua de la ciudad.

A pesar de la distancia, se percibia claramente la armonía del toque: era la cancion de Fioravante:

Amici, alliegro andiamo alla pena.....

Se enderezó cuán alto era, y sus cejas se frunciéron.

El llamamiento era en esta vez importuno. La idea de la insurreccion contra la misteriosa esclavitud de su destino, se presentó en su mente; pero no duró mas que un instante.

Su mirada se clavó en la cama.

Era una mirada pensativa y fria. No brillaba ya en ella el entusiasmo.

—El primero que venga, murmuró; un niño, una mujer, puede pres-

tar aquí los mismos auxilios que yo..... Y allá, quién me reemplazaría?.....

Sus cejas volvieron á fruncirse, mientras que una amarga sonrisa plegaba sus lábios.

—Qué son estos para mí? replicó con un acento breve y duro; qué les debo?..... La miseria habla aquí..... Estos son dolores vulgares, que se curan con un poco de oro!

Sacó de su seno un bolsillo, y lo tiró sobre la mesa.

Para un pescador, el bolsillo era muy bello. Al caer produjo un sonido sonoro.

El cuerno lejano repetía su canción, que volaba por encima de las azoteas.

Os acordais de Athol, respondiendo con impaciencia á las campanas del Corpo-Santo, que doblaban en el aniversario de Mario Monteleone?

Beldemonio dió una patada en el suelo, y dijo, como Athol:

—Eh! ya os oigo!..... allá voy!

Junto á la cama, sobre una silla, habia un bordado comenzado, y sobre el bordado unas tijeras.

Beldemonio al decir: allá voy! tenia ya su plan formado, y no vacilaba en el camino que debia escojer.

Con el auxilio de la tijeras, echó abajo rápidamente su sedoso bigote.

Luego descolgó la pobre sotanilla, que pendia de un clavo, encima del colchon.

Se la puso, y la abotonó de arriba á abajo.

Se alisó los cabellos, y los acomodó detrás de las orejas.

Cuando el cuerno sonó por tercera vez, ya estaba dispuesto.

Antes de partir, entreabrió la ventana.

Sus párpados se cerraron al pasar junto á la cama. Desde que habia formado la resolución de huir, no se atrevia ya á ver á la jóven.

Su corazón latía cuando atravesó la puerta.

Qué le importaban aquellos niños? diremos, empleando la ruda frase escogida por él mismo. Porque todo el que abandona, se hace voluntariamente cruel.

No le importaba nada—y sin embargo, si alguno le hubiera dicho: "No volveras á ver jamás á esta jóven," tal vez hubiera vacilado en partir.

Al fin, huyó, sin fijar su vista en la cama!

Sentía que un lazo ligaba su alma!

En el corredor, que se extendía frente á la escalera, se abrían varias puertas.

Corrió el pestillo de la primera que encontró, y preguntó:

—Hay alguno aquí?

Un grito de espanto le respondió. Habia reconocido la voz de una vieja.

—Quien quiera que seais, le dijo él, levantaos, é id al cuarto próximo. Tienen allí necesidad de vuestro auxilio.... hé aquí vuestro salario!

Dos ó tres monedas de oro sonaron, al caer sobre el suelo.

Beldemonio bajaba ya la escalera.

Pero, cosa singular, en un espíritu tan libre, diríamos casi tan despótico como el suyo: Beldemonio no concentraba su pensamiento en el punto que queria.

El peligro no habia disminuido; todo lo contrario.

No era necesario tener, como nuestro hermoso pescador, génio de aventurero, para adivinar que la guarnicion del Castel-Vecchio, habiendo cateado inútilmente todas las azoteas, iba á bloquear estrictamente todas las casas próximas á la fortaleza.

El fugitivo no habia podido escaparse: hé aquí el hecho cierto para todos.

Luego estaba oculto en alguna de aquellas casas.

La vigilancia debia redoblar, por consiguiente, en la calle de Mantua, y sus callejones sobre todo: lo cual formaba una línea completa de circunvalacion.

Esa línea era la que se necesitaba atravesar, y ciertamente la empresa no era fácil.

Lo que admiraba á Beldemonio, lo que le espantaba casi, es que su espíritu, en vez de tender hácia este objeto, volvía sin cesar sobre sus pasos y trataba de figurarse en aquel pobre cuarto, en donde los dos niños habian intentado morir.

Hasta entonces le habia bastado siempre con un solo esfuerzo, para sacudir los pensamientos mas tenaces, mas tiránicos; pero hoy la preocupacion era mucho mas fuerte que su voluntad.

Se decia á sí mismo:

—Yo los habria salvado.... sí! estoy seguro!.... Otro hará lo que hubiera yo hecho?

Y veía sin cesar, ante sí, la blanca y pálida figura de la niña.

Y lloraba.

—Hubiera obtenido su primera sonrisa!

Y cuando las facciones del adolescente se presentaban en su memoria, se preguntaba:

—En dónde he visto ese rostro?... Era el de un vivo, ó el de un muerto?

No tenia respuesta precisa á esta pregunta; pero habia no sé qué tinte de luto en estas vagas rememoraciones; y en su imaginacion aso-

ciaba la idea del joven desconocido, á un noble y austero perfil de anciano....

No era su boca, sino sus lábios, los que por esta vez gritaban: Yo volveré! yo volveré!

Era necesario, sin embargo, que su vago ensueño tocase á su fin.

—No podreis pasar, mi joven santo! le dijo á Beldemonio una voz dulce aún, cuando hubo llegado al primer descanso de la escalera.

Beldemonio habia tomado el enorme libro de oraciones, al propio tiempo que la sotana.

Una mirada al soslayo le hizo percibir una mujer de media edad, que permanecia parada frente á su puerta, vestida con descuido.

No sabia absolutamente cómo se portaba de ordinario con aquella respetable vecina el joven santo, cuyo papel representaba en aquel momento.

La dama parecia amable.

Beldemonio bajó la cabeza, cogió su libro con ambas manos, y se preparaba á murmurar algun piadoso saludo, cuando la dama dijo:

—Pues está visto que jamas conoceremos el sonido de sus palabras.

Este era un dato preciosísimo. Evidentemente el joven santo no le habia dirigido jamas la palabra á la vecina de media edad, que parecia ojialegre y bien conservada.

Beldemonio, aprovechándose de esa confesion, se inclinó profundamente, y pasó con un aire modesto, llevando el libro de oraciones sobre su corazon.

—Dios os bendiga, mi cándido señor Julian! dijo la vecina con cierto aire de pique. No me olvideis en vuestras oraciones!

Luego añadió, pero de modo de ser oida:

—Es muy inocente!..... es muy soso irse así al cielo!

Beldemonio no se acordaba de que alguna vez le hubieran censurado su excesivo candor!

Oia gran ruido y mucho movimiento en el patio y zaguan de la casa. Todos los criados de ella, y una parte de los vecinos, se habian reunido allí, y platicaban, pedian noticias, discutian y disputaban. Todos habian visto las antorchas encendidas y los soldados que pasaban por las azoteas, como fantásticos fantasmas.

Dos opiniones, en medio de las trescientas que se formaron luego luego, parecian merecer algun crédito.

La primera era, que el prisionero, despues de haber estrangulado á su carcelero, asesinado al centinela de un pistoletazo—habian oido el tiro—y pasado á fuego y sangre por enmedio de toda la guarnicion, habia salvado la muralla, saltado las azoteas, atravesado las calles y corria ya por la montaña.

Qué habia de asombro en todo ello, si era el Porporato?

La segunda era, que los Compañeros del Silencio, en número de muchos centenares, habian escalado las murallas, y tenian en apuros á la guarnicion del castillo.

Una batalla general estaba muy próxima. De una y otra parte habia numerosa artillería.

Lo que es imposible describir, es la animacion extraordinaria con la cual los verdaderos napolitanos refieren estos cuentos.

Hombres y mugeres, todos hablaban al mismo tiempo, sosteniendo su dicho con juramentos formidables, y proponiendo, á cada punto y coma, perder, si mentian, su parte en el paraíso.

Puede llegarse, haciendo esfuerzos, á dar una idea del chapurrado de nuestros amigos y vecinos los ingleses políglotas; puede darse una idea del sordo y fatigante acento de los alemanes; pero la volubilidad napolitana es intraducible é indescriptible.

Tan luego como percibieron al *santito*, como llamaban en la casa á aquel cuya sotana y libro de oraciones llevaba Beldemonio, se detuvo el movimiento de todas las lenguas.

El santito vivia en las boardillas, es decir, en la azotea; luego debia haber visto algo.

El patio, alumbrado solamente por las antorchas puestas en la cornisa, á sesenta ú ochenta piés de altura, estaba bastante oscuro. Esto fué una fortuna para Beldemonio, que en materia de sombrero no habia hallado nada con que poder cubrir su cabeza y sus cabellos.

Nuestro pescador era alto y bastante delgado; la sotana le venia como un guante. Sin embargo, el modo cómo habia arreglado sus cabellos, modestamente alisados tras de la oreja, la ausencia de los bigotes y su actitud tímida y discreta, todo, en medio de aquellas tinieblas, y de la agitacion que reinaba en la casa, favorecia la ilusion.

Hubiera bastado la menor sospecha para que se descubriera la superchería; pero por fortuna, nadie tuvo sospechas.

Habiendo preguntado algunos, *por no dejar*:

—A dónde, pues, va el *padrecito* tan tarde?

Fortunata Coccoli, *conservatrice* de la casa, respondió con ese orgullo

que distingue en todos los países á la honrada y temida clase de las porteras.

—No sabéis bien que todas las noches este angelito va á cuidar á los pobres del hospital?

—Qué precioso querubín! gritaron por todas partes.

—Y no nos dirá si vió algo por allá arriba?

—Hay una antorcha frente á frente de su ventana!

—Y la hermanita?... qué no le da miedo quedarse allí solita de noche?

El *padrecito* pasó rápidamente y sin responder á través de los grupos. Sabía, por la vecina ojialegre, que su *original*, no hablaba.

Sabía, además, otra cosa: su *original* iba todas las noches al hospital á cuidar á los pobres.

Fortunata Coccoli, dirigiéndose al público, dijo:

—Al oiros, quien creerá que sois personas de juicio? os lo pregunto con todo el perdon debido.... Aturdir así á un santo de Dios!.... Solicitud mas bien su bendicion, que os hará provecho, pecadores como sois!

—*Fratellino!* dijo inmediatamente la asamblea, obediente; bendicidnos un poquito al pasar!

Beldemonio se volvió á medias, é hizo una tímida bendicion, murmurando dentro de sí al propio tiempo:

—Dios me lo perdone!..... no tengo intencion de burlarme de las cosas santas.

—Ah! dijeron todos los vecinos, qué bien bendice!..... Qué chulo padre va á ser!

Y Fortunata Coccoli, dispuesta siempre á amonestar á sus locatarios:

—Vaya! vaya! basta! dijo; no le lleneis de orgullo!

Y siguió al santito, para abrirle la puerta.

—Una palabra por mí en vuestras oraciones, cordero de Dios! le dijo al oído. He tomado cuatro números en el *lotto reale* (lotería real).... Si la Santísima Madre de Dios me hiciera pegarle al premio mayor, le haria un bonito regalo á mi parroquia..... sin olvidaros á vos, serafincito mio!

Beldemonio estaba ya fuera.

La puerta cochera caía, como ya hemos dicho, sobre el recoveco de la calle de Mantua, en donde al principio fué puesta la escalera, antes de la malaventura del buen recluta Martino.

Las cosas habian cambiado completamente de aspecto, hacia media hora. El recoveco y la calle de Mantua estaban llenos de soldados.

Desde los primeros pasos que dió Beldemonio adelante de la puerta, encontró por obstáculo una bayoneta que amenazaba su pecho.

—*No pasa!* le dijo en chapurrado italiano un enorme guardia suizo, que se llamaba Max Schœffer, ni más ni menos que todos sus camaradas.

Los suizos saben decir *no se pásá*, en todos los idiomas del mundo.

—Señor, le contestó humildemente Beldemonio, voy á cumplir con mi deber!

—*No conoce yo tu deber!* pronunció el hijo de la Helvecia; *no pásá!*

Apenas el primer Schœffer habia elevado la voz, cuando otros muchos Max se aproximaron, grave y lentamente, derechos como picas. Un oficial venia entre ellos.

—Señor, dijo Beldemonio, me esperan en el hospital de pobres, donde velo a los enfermos.

—*Lovidal de pobre!* repitió el oficial Schœffer.

Algunos Max hicieron lo mismo que él, repitiendo:

—*Lovidal de pobre!*

Después de lo cual, el oficial los miró, y dió esta orden:

—*Retiráse vosotros.*

Todos ios Max se pusieron, incontinenti, una mano en la frente, y la otra sobre las caderas.

Schœffer, el oficial, se acercó al *padrecito* y lo examinó con mucha atención.

Hecho esto, prorumpió en una enorme carcajada, que puso en movimiento todos los músculos de su cuerpo, imprimiéndoles un movimiento vibratorio.

—*Tu ser una bruto!* pronunció sentenciosamente, dirigiéndose al primer Max, que era la causa de todo. *No ver tú, que este ser un sagristan?*

Y se rió de nuevo.

Todos los otros Max se rieron mas recio que él.

—*Pasa!* continuó, empujando por los hombros al santito. *No ser tú de los que brincan la murallas..... si no..... cuerpo de Baccó!.....*

Y todos los Max, en coro:

—*Diabol de teniente!..... Cuerpo de Baccó!*

Risa general.

Beldemonio, sin darse prisa, con un paso tranquilo y discreto atravesó la piazzeta grande. Tan luego como estuvo en el vicoletto Zaffo, echó á correr, desabotonándose la sotana, que tiró detrás de una puerta.

Al llegar al extremo del callejon, aplicó el mango de su puñal á sus lábios, y resonó un silbido sordo, pero perceptible.

Un silbido semejante se dejó oír á la vuelta de la Strada Medina. Luego la muchacha disfrazada de hombre salió de un sotto-pórtico en donde no habia luz ninguna.

—Estamos ya reunidos en número de quinientos, dijo ella. Ibamos á atacar.... Qué hay qué hacer?

—En donde está mi coche? preguntó Beldemonio, en vez de responder.

—En el Monte Oliveto!..... Qué hay que hacer?

Beldemonio echó á andar á grandes pasos hácia el lugar indicado.

Un elegante y ligero *calesso*, tirado por dos magníficos caballos, permanecia detrás de la espalda de la iglesia.

Beldemonio montó en el coche.

La jóven, desde la portezuela, repitió por la tercera vez:

—Qué hay qué hacer?

Beldemonio la tomó una mano, y estampó en ella sus lábios, diciendo:

—Gracias, Fiamma!

La muchacha se puso encarnada de placer.

Beldemonio añadió:

—Dentro de una hora, es preciso que Matilde Farnesio esté en Nápoles, y pronta á seguirme.

—La princesa Farnesio estará dispuesta dentro de una hora, contestó la jóven; qué mas?

—Tú te vestirás de duquesa, querida Fiamma, é irás á esperarme al baile del palacio Doria!

—Y bailaremos? preguntó la jóven.

Beldemonio se sonrió.

—Que la condesa te encuentre cerca de ella en el momento en que despierte! le dijo.

—Y todos los demas?... volvió á preguntar Fiamma.

—Que vuelva cada cual á su casa, escepto los que están de vigilancia en torno del palacio Doria.... y que todo esté dispuesto para la madrugada de mañanal

Y envió con la mano un beso á la jóven.

Luego, inclinándose, y hablándole al cochero:

—Eres tú, Ruggieri?

—Si señor.

—Pues vas á tomar la calle de los Tribunales, hasta la puerta de Capua. Saldrás de la ciudad; entrarás por la puerta Notarea, y me pararás en la piazza del Mercato, en la casa de Juan Spurzheim.

—Si señor.

Sonó el chicote, y los caballos partieron á galope.

En el momento en que el *calesso* iba ya corriendo, sobre el empedrado, salió un hombre de entre las sombras de la iglesia, y de un solo brinco saltó hácia la tabla de atrás, en donde permaneció en equilibrio, silbando una tonada de las montañas.

